

# Historia

## El príncipe don Juan Carlos

José M.<sup>a</sup> Rodríguez Tejerina

Conocí a don Juan Carlos de Borbón y Borbón hace ya mucho tiempo; cuando él era, todavía, un príncipe adolescente, de dieciséis años, en los albores de su hombridad.

Fue a finales de verano de 1954, tras la reunión que celebraron en la finca extremeña de «Las Cabezas» el General Franco y el conde de Barcelona, en la que se planificaron los futuros estudios de Juan Carlos.

Un serie de fortuitas circunstancias me llevaron a ser nombrado, oficiosamente, «ar-chiatra» del hijo primogénito de don Juan de Borbón y Battenberg.

Por la mañana, muy temprano, y también alguna tarde, venía a recogerme a mi casa de la calle Hermanos Miralles de Madrid, un coche de la Guardia Civil. Y nos dirigíamos, rápidamente, al palacete de los duques de Montellano.

Varios preceptores, militares, profesores universitarios, cuidaban de la educación del Príncipe. Bajo las órdenes directas de don Carlos Martínez de Campos y Serrano, duque de la Torre, un teniente general de severo e irascible carácter. Al que obedecía el equipo militar de pedagogos con mal disimulado temor.

Antes de penetrar en la alcoba de Su Alteza sostenía yo una breve conversación, en la antecámara, con alguno de los preceptores; el capitán de corbeta Alvaro Fontanals; Emilio García Conde, laureado comandante de Aviación; Alfonso Armada, comandante del Arma de Artillería; Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, comandante de Caballería; Joaquín Valen-

zuela, comandante de Infantería. O con el catedrático Angel López Amo.

Comentábamos los incidentes cotidianos y la marcha de los estudios del Príncipe. Que era alumno responsable, como había puesto de manifiesto con los padres marianistas en Ville-Saint Jean, en Friburgo y, después, a partir de 1948, ya en España, en la finca de «Las Jarillas» de los marqueses de Urquijo, en la que vivió durante dos años; y en el palacio de Miramar, en San Sebastián. Había, además, superado la reválida del Bachillerato con la calificación de «sobresaliente» en un examen celebrado en junio en el antañón Instituto de San Isidro de Madrid.

Una vez en el dormitorio del Señor me sentaba en el borde de su cama, y luego de preguntar por su salud, charlábamos un rato. Don Juan Carlos mostraba un marcado interés por los más diversos temas. Sobre todo deportivos. Y quería saber también lo que se decía por Madrid. Si la gente estaba contenta. Alvaro Fontanals, mi antiguo amigo, y yo, le hablábamos de nuestros periplos a bordo del buque-escuela *Juan Sebastián Elcano*.

El conde de Barcelona me llamaba, a menudo, por teléfono, desde Estoril. Me daba consejos, muy sensatos, sobre los males, y los vicios, que acechan a los jóvenes. Se inquietaba mucho ante cualquier alteración, por mínima que fuera, de la salud de su hijo. Que, afortunadamente, era espléndida. En su historial clínico únicamente figuraba el dato, anecdótico, de haber sido operado de una apendicitis aguda en un hospital de Gibraltar. Los exámenes radiológicos y los minuciosos análisis de sangre dieron siempre resultados excelentes. Cuando le ausculté el tórax, por vez primera, me llamó la atención ver que sujetaba sus pantalones con unos tirantes que tenían los colores rojo y gualda, de la bandera de España.

— Mi padre — me dijo — lleva unos iguales. Don Juan Carlos era un adolescente alto, apuesto, de ojos castaños claros y cabellos rubios y rizados. De voz algo engolada. Trato cordial. Parecía estar cohibido por el riguroso reglamento impuesto por

el duque de la Torre, que le obligaba a llevar una vida casi espartana.

También me viene ahora a la memoria la frágil figura de don Alfonso, el único hermano, menor, varón, de don Juan Carlos. Le veo bajando, a pequeños saltos, los escalones de la solemne escalera del palacio de Montellano. Con sus pantalones cortos y unas medias «sport» subidas hasta las rodillas. Era un niño también rubio, alegre, simpático. Moriría trágicamente, dos años después. Como parece ser el sino fatal de los príncipes de leyenda.

Meses más tarde, don Juan Carlos inició su asistencia a las clases que se impartían en el Colegio de Huérfanos de la Armada, que dirigía con mano firme el laureado almirante don Felipe Abárzuza y Oliva, que había sido ayo de don Juan de Borbón.

Eran tiempos políticamente inciertos, tremendamente conflictivos. Los franquistas, los falangistas, los nostálgicos tradicionalistas, se oponían, tercamente, a que don Juan y mucho menos su hijo don Juan Carlos, accedieran al Trono de sus antepasados. Se estableció por Franco una

densa cortina de silencio en torno al hijo y al nieto de don Alfonso XIII. Solamente se rasgaba para propalar bulos malintencionados.

Un día, cuando Su Alteza, acompañado por el inevitable duque de la Torre, salía en automóvil del palacio de Montellano, un individuo desconocido gritó, enfervorizado:

— ¡Viva el Rey!

El general Martínez de Campos mandó parar el coche en el acto. Descendió rápido del mismo y zarandeo, rudamente, al impetuoso «juancarlista».

— ¡Cállese usted, insensato! ¡No sabe lo que dice!

Una tarde del otoño de 1955, don Juan Carlos de Borbón y Borbón se despidió, con una fiesta íntima, de su primer «staff» madrileño. Marchaba a proseguir sus estudios en la Academia General Militar de Zaragoza. Terminaron, pues, las visitas al palacete de los duques de Montellano. Se difuminaron, en la niebla melancólica del pasado, mis diálogos con aquel príncipe adolescente, que llegaría, veinte años después, a ser Rey de España.